

Finchelstein, Federico. (2021). *Breve historia de la mentira fascista*. Buenos Aires: Taurus. ISBN: 978-987-737-057-7.

Reseñado por: Javier Noble Antas. *Universidad de Murcia* (negrotaita@hotmail.com).

Recibida: 27/02/22. Aceptada: 20/03/22

El libro *Breve historia de la mentira fascista* constituye un nuevo intento de establecer continuidades entre la actual situación política y el tratamiento psicótico que el fascismo hizo de su relación con la verdad. El texto se distribuye en diez capítulos, una Introducción, un Epílogo y un Prefacio a la edición castellana, firmado en noviembre de 2020.

A lo largo del texto se acumulan un gran conjunto de citas y pasajes textuales de verdaderas manifestaciones delirantes de actores políticos protagónicos y también de intelectuales y pensadores, designados en todos los casos como fascistas o nazis: Mussolini, Hitler, Franco, Giménez Caballero, Filippo, Salgado, Cardozo, Euzcadi, Vasconcelos, Lugones, Trump, Bolsonaro, etc. La distribución de estos nombres se da mayormente entre el núcleo irradiador de Italia y Alemania y las concordancias con movimientos y discursos rastreados en Latinoamérica, Europa del Este, Asia y África. En esta proliferación de discursos asociados a nombres, el autor consigue plasmar una contradictoria y estructural concepción de la verdad de los protagonistas: la verdad que proclaman los defensores del fascismo (defensores y activos productores) en realidad se funda en una fe ciega en el desvelamiento de una verdad mítica (o sagrada en su corriente latinoamericana). Esa verdad sagrada no coincide con la realidad, pero el universo fascista de acción prescinde de la realidad en la expresión y construcción de un nuevo mundo violento que, tras su acción, coincide con ese presupuesto mítico.

El fascismo, entonces, se define en torno a dos ejes conceptuales. Por un

lado, como un fenómeno histórico transnacional que representó una política antidemocrática, violenta y racista que afectó a lugares diversos y distantes desde Japón a Argentina y que se plasmó con diversos nombres tales como nazismo en Alemania, Integralismo en Brasil, etc. (p. 33). Por otra parte, como un tipo de política cuya organización se funda en la problemática concepción de la verdad como algo ajeno a los hechos empíricos de la realidad y cercano a una suerte de revelación trascendental.

En este sentido, el autor se mantiene en la concepción arendtiana respecto a una legitimidad que se autoafirma y que acepta la ilegalidad como vía de acción. Ahora bien, los matices respecto a este enfoque se acumulan mediante el procedimiento acumulativo: argumentos de Adorno, Horkheimer, Derrida, Freud, Borges, Mariátegui son contrapuestos a fragmentos discursivos del “fascismo” diseminados en diarios, obras literarias, manifiestos políticos, etc. El objetivo de tal proceder: argumentar que la noción de verdad y mentira del fascismo se teje con elementos míticos, sentimentales y destructivos que se anudan en una adhesión incondicional a un líder que encarnaría lo deseable y lo verdadero.

Esos dos aspectos del fascismo se articulan con la idea de una continuidad entre el populismo (los ejemplos más citados son los de Trump y Bolsonaro) y el fascismo, que el autor defendió anteriormente (Finchelstein, 2018). El nudo de esta trama es la figura del líder como encarnación de esa voluntad (o como plasmador de aquello que se esconde en el inconsciente) en el fascismo (p. 82) y, en el populismo, como entidad investida ideológicamente mediante el plebiscito (p. 103). En ese

sentido, el líder es un elemento más de la trinidad política —completada por el «pueblo» y la «nación»— que funciona como fuente de legitimación y refuerza la personificación como forma de representación política (p. 104). El populismo sería así, una actualización política del fascismo derrotado que aceptaría la democracia como vía de confirmación del líder (cosa que lo distingue de aquél), pero que repetiría la obstinación de «torcer el registro histórico» y «jugar con la memoria de las víctimas» con el objetivo de obtener un fin político (p. 99).

De este modo, ideas tales como la concepción de la modernidad como un proceso creciente de subordinación de la verdad al poder (p. 16 y p. 36); la sustanciación ideológica producida en el líder mediante su identificación en las expectativas de los seguidores (o en la proyección de los deseos destructivos del líder fascista bajo la forma de una operación de satisfacción de los deseos destructivos reprimidos de sus adeptos) (p. 96), se enlazan con la figura del líder y dan forma a la mentira que se explica en el texto como componente fundamental del fascismo.

Bajo esta torsión mítico-ideológica, el fascismo configuró un amplio arco de principios que fijaron una primacía de varios conceptos problemáticos: la infalibilidad del líder (cap. 5), la revelación por medio de la acción y el rechazo del conocimiento científico (cap. 3 y 6), la reescritura de la historia (cap. 1 y 2), el rellenado del Inconsciente con contenidos míticos y principios racistas (cap. 7 y 8) y la afirmación de la dictadura como forma verdadera y pura de la democracia (cap. 9 y 10). En todos estos ejes se repite lo que el título nos anticipaba: la mentira como táctica principal de organización de elementos heterogéneos y, también como resultante de las prácticas políticas descriptas.

Como ha sido dicho, el libro tiene el propósito de diagramar una idea o una

reflexión que sirva para analizar el presente mediante el hallazgo de una continuidad en la concepción de la verdad del fascismo con los postulados de líderes populistas actuales en sus intervenciones públicas. Pero la manera de llevarlo a cabo (una aglutinación repetitiva de ejemplos valorados como simple falsedad o negación de la realidad) hace que ese objetivo fracase. Finchelstein une la concepción de la verdad fascista con el postulado que estaría encarnando Donald Trump en sus intervenciones públicas mediante la proliferación de *Fake News*, y también con la creencia de su triunfo como un designio divino. Luego, refuerza esa continuidad en analogías con frases de Juan Domingo Perón en las que éste se presenta como alguien que se sentía un “elegido” sagrado (p. 105) y con la figura de Bolsonaro en su reivindicación de dictaduras pasadas en las que miente respecto a lo sangrientas que fueron (pp. 106-108). Este tipo de procedimiento hace naufragar el proyecto de no trabajar con «tipos ideales» (como habría hecho Arendt), sino con «figuras reales, históricamente documentadas» (p. 43) que el autor dice cumplir.

Así, el rasgo expositivo imperante en el libro (una yuxtaposición de síntesis de argumentos detectados en textos históricos puestos al servicio de divulgar el resultado de investigaciones realizadas por el autor) desemboca en la simplificación de varias cuestiones, entre las cuales la más descollante es justamente la Mentira. El disparador del libro es el de destacar que la consigna, atribuida a Goebbels, de repetir una mentira, en realidad no pertenece a él. Goebbels sería así una víctima de sus mentiras que acaba creyéndolas (p. 14). El problema aquí es que alguien que cree en lo que dice es difícilmente caracterizable como mentiroso. Si a esto le agregamos que todo el libro vuelve siempre a esta afirmación, comprendemos que el conjunto de la exposición

acaba por cerrarse en un gesto clasificatorio de mentirosos que creen lo que dicen, por una parte, y de la realidad y la convivencia democrática como realidades objetivas a las cuales los fascistas no tuvieron acceso debido a la consolidación de su creencia, por la otra. Esta afirmación quizás no sea completamente ajena a la verdad, pero adhiere a una visión que, casi al finalizar el libro, se dice combatir: presentar a los líderes como «embusteros ridículos».

La idea equivocada de que los líderes fascistas están trastornados también contribuyó, erróneamente, a separar a los líderes “anormales” de sus seguidores, supuestamente confundidos pero sanos. Y divorció la ideología política, incluidos el racismo y el antisemitismo, así como las mentiras fascistas, del análisis político (p. 110).

De este modo, el hecho de que las comparaciones respondan a simples asociaciones sintagmáticas, que atraviesan el planeta Tierra y las distintas etapas históricas, debilita la realidad de esos sujetos que pretenden describir. Es decir, aunque se trate de un libro de historia, el autor no consigue elaborar un relato histórico. No se habla de ninguna vinculación económica con el desarrollo del fascismo. Tampoco se establece ninguna atribución posicional dentro del sistema político respecto al pueblo manipulado o el pueblo al que el fascismo vendría a representar. El papel asignado al mito en la construcción de la verdad puede favorecer esas ausencias. Pero al no dar una definición seria ni elaborada de lo que es un mito, de lo que es la verdad, de lo que es la democracia, la conciencia, la inconsciencia, ni de lo que es un ciudadano, su proyecto se cierra en supuestos abstractos cuya única entidad es ser lo opuesto a la mentira, a la dictadura, etc. Dicho de otro modo, las premisas que maneja Finchelstein lo arrastran a la elaboración de figuras puras que sólo pueden comprenderse en su concreción histórica recurriendo a las partes ausentes en su texto: los archivos,

los libros de los pensadores citados, etc. De esta manera, los trazos gruesos con que son caracterizadas ciertas estructuras sociales, políticas y económicas, convierten a esta *Breve historia de la mentira* en una obra con más similitudes a una *Historia Universal de la Infamia*, al estilo borgiano, que a un libro de Historia del presente. Con ello, todo el potencial del texto relacionado con una contribución a un combate contra la eficacia de la mentira en el campo político queda bloqueado.

En un cuento de Borges un detective responde: «— Posible, pero no interesante. Usted replicará que la realidad no tiene la menor obligación de ser interesante, pero no las hipótesis» (Borges, 1998, p. 155) Sabemos que esta afirmación pertenece a una suerte de parodia de la figura del detective dentro del género policial, sin embargo, pensamos que es aplicable al libro que reseñamos. El mismo Borges es incluido en él como un lúcido intelectual que denunciaba el ascenso de los fascismos, pero sin ningún tipo de matiz o denuncia respecto a su silencio ante la persecución política, la tortura y la desaparición de personas realizada por los distintos regímenes militares (que, en casi todos los casos, contaron con el apoyo de liberales y antipopulistas y que Finchelstein nunca menciona como continuidad del fascismo en Argentina). Lo mismo puede decirse del tratamiento de la figura de Sarmiento.

Finchelstein destaca que Virginio Filippone se apropiaba de la popularidad del discurso de Sarmiento —borrando su condición de precursor del liberalismo nacional argentino— para denunciar una invasión judía de Argentina en el año 1939 (p. 47). Al definirlo como un simple liberal, Finchelstein desatiende varios elementos problemáticos del pensamiento de Sarmiento y también del liberalismo argentino. Por ejemplo, no se añade nada acerca del protagonismo que tuvo el pensamiento del sanjuanino en la

“Guerra contra el Indio” (curiosamente popularizada como *Campaña o Conquista del Desierto*) o en la masacre realizada por Argentina, Uruguay y Brasil en la guerra Guasú. Estas omisiones hacen imposible la eficacia del libro ante lectores que cuenten con esta información sobre la forma de configuración del Otro como un obstáculo a ser erradicado en nombre de la civilización o del progreso.

La denuncia de ausencias numerosas o falta de desarrollo suele derivar en una forma de dinamitar una argumentación a sabiendas de que la tarea de incluir la totalidad de los ejemplos es imposible. Esta reseña no persigue tal fin, sino el de afirmar que, para defender la tesis principal del libro, debería producirse un importante enriquecimiento de miras. Así, puede que los mentirosos, al ir consiguiendo triunfos, quizás acaben creyendo sus mentiras o, quizás, simplemente puedan triunfar por tomar *a priori* unos principios arrasadores que les sirven para acabar sometiendo la verdad a la fuerza. Pero debe estudiarse qué elementos estructurales son los que aportan fuerza a esos movimientos, qué sectores permiten el ascenso de personajes que falsean información y refuerzan estereotipos que estigmatizan a millones de personas, y qué sectores y discursos colaboran en el mantenimiento de estas facciones en el poder.

Es decir, la hipótesis del libro debería hacerse más interesante, menos esquemática. Tratar verdades como mentiras y mentiras como verdades apelando a una noción de verdad trascendental, que solamente es recuperable mediante la encarnación en el líder de elementos y voluntades ocultas en el pueblo, consiste en una concepción que (además de la creencia ciega o distorsionada), es algo que se apoya en el refortalecimiento de ciertos elementos identificatorios que prometen mantener o crear un cierto «privilegio» social, racial, económico, sexual o

jurídico. En el libro de Finchelstein esos privilegios no son abordados, es más: en muchas ocasiones son borrados de una manera funcional a su reafirmación. Así, el privilegio de ser blanco en EEUU, en Argentina (pero también en Chile, Bolivia, Brasil, Argentina, Venezuela, Colombia), el privilegio de ser hombre en el mundo entero, el privilegio de tener una voz propia en el terreno público, tener derechos jurídicos, etc. no son enfatizados, dando lugar a muchas equiparaciones problemáticas entre fascismos de países subalternos y fascismos imperiales. Lo mismo podría decirse de los populismos:

A escala global, la mitificación trumpista tiene una historia que incluye a líderes fascistas como Franco y Hitler y populistas como Juan Perón en la Argentina y Getulio Vargas en Brasil en el período de la temprana posguerra y, más recientemente, Hugo Chávez y Nicolás Maduro en Venezuela entre los segundos. (...) Igual que los fascistas, los populistas sustituyen la verdad histórica por falsas ideas sobre un pasado glorioso que sus líderes prometen revivir (p. 112).

Alimentar la continuidad ideológica entre políticos como Chávez o Perón con líderes como Trump y Bolsonaro sin mencionar los apoyos o privilegios de los que disponen cada uno, ni tampoco el tipo de “verdad” que encarnarían (el tipo de práctica política que llevaron a cabo) es caer en un formalismo imperdonable en un historiador. Así, las omisiones que adhieren a una cierta hegemonía informativa (y publicitaria) cierran las posibilidades analíticas del texto en el terreno histórico y político y lo transforman en una variación narrativa repleta de condenas morales. Este aspecto puede comprenderse con claridad atendiendo a lo siguiente: a lo largo del libro no se menciona ni una vez el golpe de Estado en Bolivia y la presentación del mismo como una “renuncia” en la mayoría de medios periodísticos de Estados democráticos;

las persecuciones políticas (que coincidieron en buena parte con lo que Finchelstein y la opinión pública presenta como democracia plural) que precedieron al triunfo de Bolsonaro; la buena recepción que tuvo la autoproclamación de presidente de Venezuela de Juan Guaidó en la mayoría de democracias occidentales; las persecuciones políticas de Mauricio Macri en la Argentina, la asfixia de democracias populares a lo largo del siglo XX, etc. No mencionar tales hechos contribuye a mantener una perspectiva ideológica que inevitablemente necesita de la caracterización de locos, mentirosos, malos y bárbaros para entender los impactos desagradables y peligrosos del devenir histórico y desintegra la posibilidad de pensar la relación entre el poder y la verdad en este tiempo. Justamente, centrar el foco en las figuras de Trump, Narendra Modi y Bolsonaro no parecen ser gestos que contribuyan a entender ni combatir la imbricación de poder, lógica mercantil, éxito y verdad de una época en la que el neoliberalismo consigue conectar elementos heterogéneos y ponerlos al servicio de una expansión ilimitada del capital.

Referencias

- Borges, J. L. (1998 [1941]). *Ficciones*. Alianza.
- Finchelstein, F. (2018). *Del fascismo al populismo en la historia*. Taurus.
- Finchelstein, F. (2021). *Breve historia de la mentira fascista*. Taurus.